Un arte perdido

El trabuco

icono de la montería

Trabuco, cuerno y cuchillo junto a un par de perros acollerados. Imagen extraída de libro 'Del monte y la montería', de mi amigo Mariano Aguayo.

Manuel **MIALDEA**

EL PROCESO ERA BIEN SENCILLO, PERO HABÍA QUE PONER MUCHO CUIDADO. PRIMERO SE VERTÍA UNA CANTIDAD MODERADA DE PÓLVORA NEGRA DEJÁNDOLA CAER POR LA BOCA MEDIANTE EL CUERNO QUE SERVÍA PARA TRANSPORTARLA SIN QUE SE DERRAMARA NI MOJARA. LUEGO SE "ATACABA" DANDO UNOS GOLPES CON LA CULATA EN EL SUELO Y SÓLO ENTONCES Y, SIEMPRE CON LA BOCA MIRANDO AL CIELO, SE COLOCABA EL MIXTO EN LA CHIMENEA Y SE TIRABA HACIA ATRÁS DEL PERRILLO, QUEDANDO EL TRABUCO LISTO PARA DISPARAR SALVAS DE GRAN ESTRUENDO Y VARIAS UTILIDADES.

Es curioso lo parco que se muestra el diccionario RAE, así como el Espasa en su edición de 1957, que también he consultado, al definir la palabra "trabuco". De las dos acepciones que nos pudieran interesar, escogeremos la segunda, que denomina naranjero como la más aproximada a nuestro instrumento montero. Nos dice así: "*Arma de fuego más corta y de mayor calibre que la escopeta ordinaria. Trabuco naranjero: trabuco de boca acampanada y gran calibre*".

Ya puestos a elucubrar, a este modesto servidor sólo se le vienen a la cabeza las partidas de compatriotas que luchaban en guerrilla contra los franceses o los míticos bandoleros decimonónicos, y el caso es que no me cuesta imaginar a algún avispado montero o Capitán de Montería que en el siglo XIX decidiera incorporar el tal trasnochado cacharro para meter garata en las manchas eliminando de paso la tentación de que los batidores utilizaran escopetas cargadas con bala, cosa totalmente prohibida por estas sierras andaluzas por dos motivos bien claros: su evidente peligrosidad y el hecho cierto de que se monteaba para que tiraran las posturas, que eran los que ponían los cuartos.

TRABUCAZOS Y SOBRESALTOS. El caso es que en la segunda mitad del mentado siglo ya nos encontramos al perrero armado de su trabuco y ataviado con todos los achacales que le son propios: montera, coleto, zahones, polainas, caracola, zurrón y cuerno para la pólvora. Me crié oyendo los trabucazos desde que empecé a ir de secretario con mis tíos, allá por 1966, empero no puedo olvidar el primero que oí. Monteando Castripicón íbamos a una traviesita que se descolgaba desde la carretera, entonces terriza, que baja al puente de Los Boquerones, muy cerca de donde se produjo una de las sueltas, en Puerto Artafi. De pronto se oyó un tremendo zambombazo a nuestra espalda que me asustó tanto que me caí de mi pequeño catrecillo. Hubo de explicarme mi tío Beni de qué iba la guerra, y aún y así no han sido pocas las veces en mi vida que me he sobresaltado ante un trabucazo inesperado pegado por algún perrero que se me había encajado encima, a la chita callando, tras voltear una loma.

Pero vamos a lo útil, porque me siento tentado de perderme por la poética y embelesarme con nubecillas blanco-azuladas que brotan entre la arboleda y aquel "¡Alegría!" que soltaba mi maestro cuando retumbaba el primer zampoñazo, pero como no sólo lo he oído, sino que lo he usado, tiraré de mi criterio y de alguna cita para explicarme.

LOS USOS DEL TRABUCO. De su utilidad, curiosamente otra vez, no hay mucho escrito pese a lo trascendente del asunto, cosa que pienso demostrar. Lo que ha de quedar meridianamente claro es que no estaba para ir pegando trallazos a diestro y siniestro y a lo loco, lo que no significa que tuviera utilidades colaterales a

la principal, que dejaré para el final.

En primer lugar, y tal y como nos dice el maestro Mariano Aguayo en varias de sus obras, cualquier montero medio curtido "podía saber cómo iba la echada rayando el sordo retumbar de los trabucazos". Totalmente de acuerdo.

En segundo lugar, y esto no lo he visto escrito en parte alguna, aunque es de toda lógica, resultaba fundamental para el buen gobierno del ala de perreros si ésta era muy amplia abarcando mucho terreno, sobre todo si mediaba alguna loma. El guía podía mandar parar o avanzar con más premura si se daba cuenta de que, pongamos, la mano baja iba adelantada contraviniendo las instrucciones recibidas por el Capitán de Montería.

En tercer lugar, y con esto habrá quien no esté de acuerdo, si la mancha no estaba muy vestida de monte, movía las reses cervunas que entraban zorreadas a las escopetas, cosa muy importante, pues el montero veterano las abatía fácilmente. Además conseguía, ¿cómo decirlo?, alargar lo álgido de la montería, pues existían posibilidades ciertas de tirar a primera hora aunque los perros estuvieran en "casadios".

En cuarto lugar, y me contradiga quien me contradiga lo sostendré pues lo he visto mil y una veces, los perros punteros, los que cazaban muy largo, se orientan y siguen cazando o se vuelven. ¡Casi juraría que conocen el bronco sonido del trabuco de su perrero! ¿Acaso no recuerdan cómo el podenco de turno a veces pegaba un frenazo, levantaba la cabeza envelando las orejas y luego obraba en consecuencia?

Por último y como uso primordial, servía para aligerar la marcha de las cervunas perseguidas ya por los canes y para romper la parada de los marranos demasiado valientes que se resistían a botar del encame. Como estoy de acuerdo por completo y sé que no podré igualar

Cualquier montero medio curtido podía saber cómo iba la echada rayando el sordo retumbar de los trabucazos

DOS MANERAS DE DISPARARLO

He visto dispararlo de varias maneras, pero me ceñiré a dos. Muchos lo hacían separando el artilugio del cuerpo y tirando hacia delante y en alto, pero los más lo hacían tal y como yo aprendí, sujetándolo con la mano derecha, metiéndolo entre la axila y el cuerpo, haciendo presión con el brazo izquierdo a modo de abrazo y quedando la boca mirando hacia atrás. Con mucho cuidado de no quemar ni a perros ni ayudantes, se inclinaba levemente el cuerpo hacia adelante para que la boca quedara en alto y se apretaba el gatillo, unos presionándolo con el dedo pulgar de la mano izquierda y otros, como era mi caso, con el índice de la derecha. El caso era no hacerse daño en la mano y tirar a cielo abierto en caso de sequía porque se podía echar a arder cualquier chaparro. Hacerlo como el perrero que aparece en la fotografía de la página siguiente, si se había cargado como es debido el arma, eran ganas de romperse la clavícula porque el retroceso era tremendo.

A la derecha, foto del año 1995, con dos grandes cazadores del siglo XX, Bernardino, aún con coleto por esas fechas, y Gabino, gran guarda y perrero que murió el año pasado. DEP. Abajo, Perrero en el momento de descargar un trabucazo. La nube de polvo negro resulta inconfundible.

¡VIVAN LOS NOVIOS!

A riesgo de contradecirme en algo, pues por ahí anda escrito, y como advertencia del cuidado que hay que tener con las armas, contaré lo que me sucedió el día en que se casó mi tío Benito, recalcitrante soltero hasta entonces.

Como quiera que celebró la ceremonia religiosa en plena sierra, en la Ermita de Santo Domingo, como yo años más tarde, le urdí un homenaje en complicidad con algunos amigos íntimos: al salir por la puerta de la iglesia, a distancia un poco menos que prudencial, iba a pegar un trabucazo que ardiera Troya para terminar con el grito de ¡Vivan los novios!

En mitad de la faena de cargar el instrumento, alguien me llamó para que entrara a firmar como testigo, cosa que había olvidado por completo encelado con la maniobra del trabuco. Como veía que se me iban a juntar "las jorras con las parías" y no me iba a dar tiempo de completar la maniobra antes de que aparecieran los novios por la arcada, le dije a mi gran amigo Rafa Cadenas: "*Termina tú de atacar el trabuco y tenlo listo para cuando vuelva, que lo haré a escape*".

El caso fue que él no entendió bien lo que le decía y sólo se quedó con lo de ataca el trabuco, con lo cual, a la generosa carga de pólvora que yo le había echado añadió él otra tanta. Volver, trincar el cacharro, echármelo bajo el brazo y tirar de perrillo y gatillo fue todo uno, y aquello pegó un berrido tremebundo, causando la rotura de las vidrieras de media ermita y una increíble situación de griterío y pánico donde menudearon los lloros y desmayos.

Para mí y el trabuco, gracias a la Virgen María, las consecuencias fueron menos graves de lo que pudieron haber sido: al naranjero le saltaron astillas de madera desde la culata a la delantera, quedando para el arrastre. Yo me medio "desgalacé" la mano derecha con profusión de sangre, pero nada roto…, de milagro. Me debía doler mucho la "joía", pero en medio de mi estupor no reparé en ello reaccionando sólo cuando sentí unos horrorosos capotazos en la espalda y alguien gritaba: "¡*La chaqueta, quítate la chaqueta que estás ardiendo*!". En efecto, mi traje de estreno llameaba por el hombro izquierdo como si fuera de papel como consecuencia de la llamarada que surgió del "chimeneín" del mixto, digo yo, quedando la tal prenda peor que el trabuco tras apagarla mis amigos.

Si, ya sé que fue una locura, pero lo cuento tal y como fue, y nadie de los presentes lo ha olvidado, como tampoco el Santo Monje cuando fui a solicitarle mi casorio en aquella bendita casa: "¡¿*Pero tú fuiste el cabronazo del estropicio aquél*?!", exclamó campechano cuando se lo confesé, trabada ya cierta confianza. Contarlo es una cosa. La que allí se formó no está en los escritos y aún reímos hasta llorar a día de hoy cuando sale el tema.

su redacción, citaré al pie de la letra lo que dice otro gran montero y paisano, Juan de Dios Olías: "*Pronto los perreros avispados debieron comprender que, bien utilizado, podía cazar como varias colleras de perros. Así, un cochino encamado que se resiste a salir pese al acoso de los perros, rompe despendolado de un trabucazo en lo alto de la mata. Cuando los venados torean a los perros dándole vueltas a un cerro sin querer asomarse al limpio, otro zambombazo en la cima los pone en el verdadero camino. El perrero que sin perros ve una pelota de reses amagadas tras haber sorteado a las rehalas, se basta con el trabuco para volver a echarlas a las escopetas*". ¡Ahí queda eso! Tan importantes eran las explosiones bien administradas que se llegaron a usar auténticas bombas de mano con su mecha para los días de mucha lluvia, llevándolas bien tapaditas.

EN LOS NOVIAZGOS. No quiero olvidar su postrer uso jocoso-festivo como instrumento obligado de todo noviazgo que se preciara, hasta el punto en que rezan los cánones que no era tal de no mediar perreros, trabucos y caracolas. Jamás olvidaré cómo saltaron hechos añicos los cristales de la fachada de Mesas Altas de Natera cuando una famosa montera cordobesa pendía amarrada del balcón principal al abrir fuego tres o cuatro trabucos a un tiempo a los pies mismos de la interfecta. Hubo montero distraído que hizo un cuerpo a tierra en toda regla ante tamaña explosión.

LA ¿INEVITABLE? DESAPARICIÓN DEL TRABUCO. El trabuco entró en declive allá por los primeros años de la década de los 90 del siglo pasado, pero aún era frecuente al principio de aquella década en manchas dadas por invitación, como demuestra el documento que aporto, obra mía y del que no modifico ni tachones ni faltas de ortografía, pero lo cierto es que las mil y una excusas que se buscaban dieron al traste con una tradición centenaria.

Por un lado se decía que los mixtos no ser-

LOS PERREROS BUENOS

Creo que fue un 29 de noviembre de 1991, encontrándome en mi puesto dos de Los Caserones, dando Las Mesas, que se atrancó un gran cochino en el apretón que hay entre mi peñasco y el paso del "chaparrito realzao", el número tres. Lo acosaba la fuerza de tres rehalas de las buenas y no había manera de que rompiera. Los dos perreros de la mano media de la echada, a los que no veía, se afanaban dando voces a los perros en mitad de una bendita cacofonía de ladridos, mientras el de la mano que me entró a mí, un hombre ya mayorcete cuyo nombre no logro recordar, sin un solo, perro pues todos andaban apoyando a sus compañeros, no paraba de farfullar por lo bajo, mas no lograba entenderlo. Como había trabado cierto trato, pues andábamos dándole tientos a la botellita de Moriles, me animé a decirle:

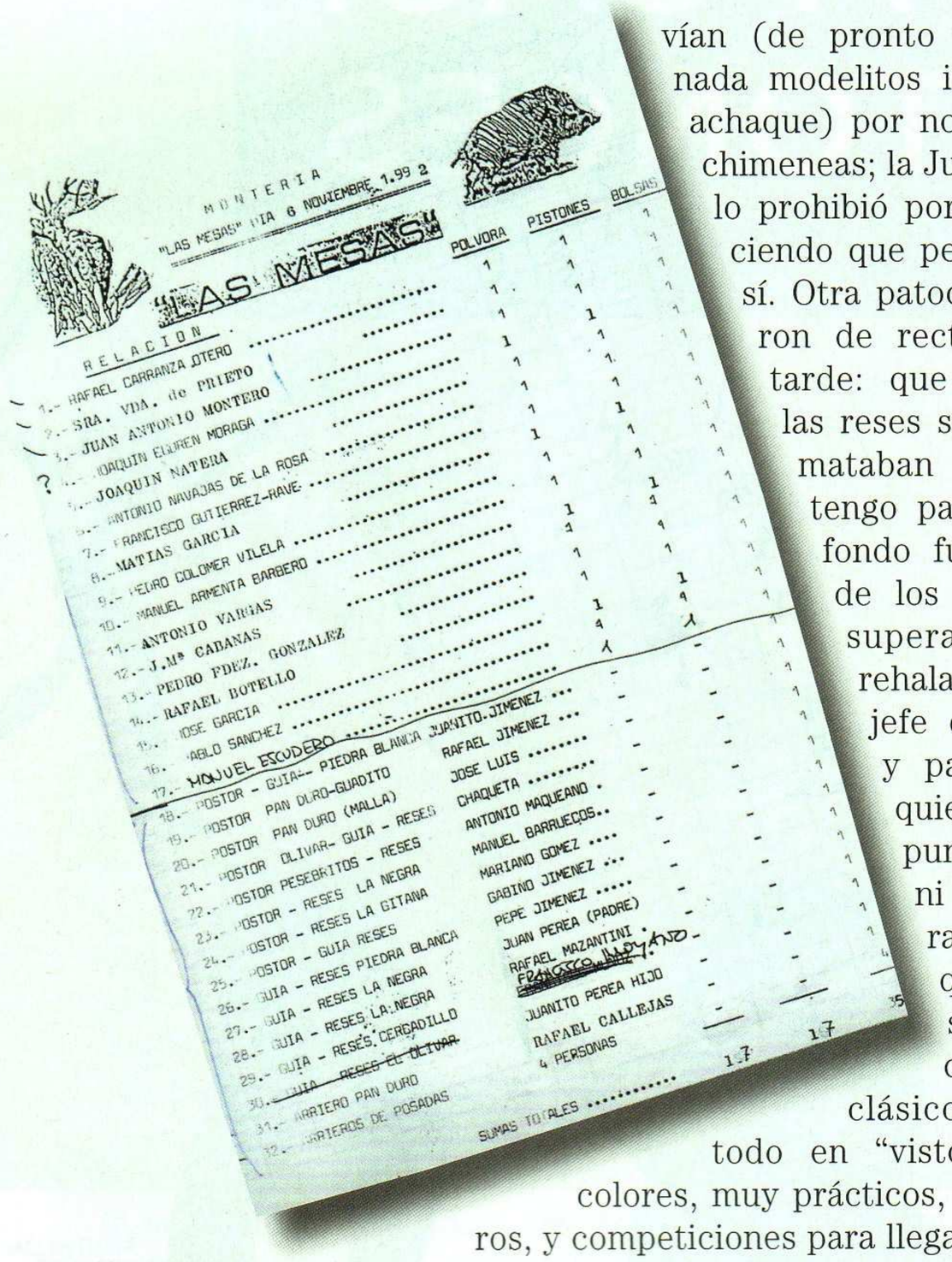
-"*No, si esto va a acabar en agarre y vamos a estar remendando perros media mañana*".

Ni un segundo tardó mi hombre en descolgarse aquel barranco abajo y, llegado a distancia razonable de la algarabía, lo vi cargar el trabuco y gritar dirigiéndose a sus jóvenes compañeros: "¡*Pa esto sirven los trabucos, chavales*!", y soltó un tremendo zambombazo por encima del zarzaparrillar aquel de resultas del cual el marrano rompió la parada y se desbarró ladera abajo. En el río lo tiraron y se pasó indemne a Los Ídolos.

No me pude contener y grité a todo pulmón: "¡*Olé ahí los perreros buenos*!".

Pólvora negra y cajas donde guardaba los mixtos. Los conservo, ahora vacíos, como recuerdo de aquellos tiempos.

vían (de pronto surgieron de la nada modelitos inéditos, menudo achaque) por no adecuarse a las chimeneas; la Junta de Andalucía lo prohibió por un tiempo aduciendo que pegaban fuego sí o sí. Otra patochada que hubieron de rectificar años más tarde: que con las mallas las reses se asustaban y se mataban estrelladas... Yo tengo para mí que en el fondo fue la comodidad de los perreros con la superabundancia de rehalas comerciales sin jefe que las mandara y pagara al perrero quienes les dieron la puntilla, y con esto ni quito ni doy la razón. Lo cierto es que en un lustro se perdió, junto con los atavíos clásicos, tornándose todo en "vistosos" monos de colores, muy prácticos, cómodos y seguros, y competiciones para llegar el primero a los agarres a matar a hierro.


MONTERIA
"LAS MESAS" DIA 6 NOVIEMBRE 1.992
LAS MESAS
RELACION
POLVORA PISTONES BOLSAS
1.- RAFAEL CARRANZA OTERO
2.- SRA. VDA. de PRIETO
3.- JUAN ANTONIO MONTERO
4.- JOAQUIN ELDUEN MORAGA
5.- JOAQUIN NATERA
6.- ANTONIO NAVAJAS DE LA ROSA
7.- FRANCISCO GUTIERREZ-RAVE
8.- MATIAS GARCIA
9.- PEDRO COLOMER VILELA
10.- MANUEL ARMENTA BARBERO
11.- ANTONIO VARGAS
12.- J.Mª CABANAS
13.- PEDRO PDEZ. GONZALEZ
14.- RAFAEL BOTELLO
15.- JOSE GARCIA
16.- PABLO SANCHEZ
17.- MANUEL ESCUDERO
18.- POSTOR - GUIA- PIEDRA BLANCA JUANITO JIMENEZ
19.- POSTOR PAN DURO-GUADITO RAFAEL JIMENEZ
20.- POSTOR PAN DURO (MALLA) JOSE LUIS
21.- POSTOR OLIVAR- GUIA - RESES CHAQUETA
22.- POSTOR PESEBRITOS - RESES ANTONIO MAQUEANO
23.- POSTOR - RESES LA NEGRA MANUEL BARRUECOS
24.- POSTOR - RESES LA GITANA MARIANO GOMEZ
25.- POSTOR - GUIA RESES GABIÑO JIMENEZ
26.- GUIA - RESES PIEDRA BLANCA PEPE JIMENEZ
27.- GUIA - RESES LA NEGRA JUAN PEREA (PADRE)
28.- GUIA - RESES LA NEGRA RAFAEL MAZANTINI
29.- GUIA - RESES CERCADILLO FRANCISCO MAZANTINI
30.- GUIA - RESES EL OLIVAR JUANITO PEREA HIJO
31.- CARRIERO PAN DURO RAFAEL CALLEJAS
32.- CARRIEROS DE POSADAS 4 PERSONAS
SUMAS TOTALES 17 17

Documento original fechado en 1992 que detalla el reparto de taco, pólvora y mixtos a los perreros y gente de monte.

¿Pero es reversible la situación? Ya me gustaría extenderme en este asunto, más lo comprimido de un artículo no me lo permite.

Es de todo punto evidente que pintan bastos para el uso generalizado del trabuco, aunque sólo fuera porque los perreros-dueños, salvo honrosas excepciones, se niegan y porque al primer pepinazo la mitad de los perros, rabo entre las patas y con más miedo que siete viejas, saldrían huyendo a todo meter hacia las "fragonetas" en el mejor de los casos.

Pero ya que la ley volvió a autorizarlo, al menos por estos lares, que rectificar es de sabios y menos mal que no son ríos y pueden volverse, ¿por qué no habría de volver, aunque fuere en pequeñas gotas de perfume?

Concretamente, la ley está redactada de la siguiente forma: "En las monterías y los ganchos, los batidores podrán utilizar trabucos con munición de fogueo" (Consejería de Agricultura, Pesca y medio ambiente. Junta de Andalucía). Lo de "munición de fogueo" tiene su guasa, pero perdonemos al legislador, ya que acierta esta vez.

Partiendo de esta base, cuestión diferente es que un pequeño grupo de rehaleros impusieran a su perrero, contratado como fijo, no lo olvidemos, que acostumbraran a sus canes a los estampidos y que los aún suficientes dueños de mancha que montean por invitación lo calificaran como obligatorio. Esto ya sucede en algunas fincas, aunque sea en ganchos, luego imposible no es.

Además, no excluyo para nada a algún "orgánico" de los prestigiosos, con poderío, redaños y cintura suficientes, ni a rehalas de pago, pues me consta que varios de sus dueños-perreros no pondrían pegas. Estoy completamente seguro de que estos últimos que montearan con trabuco se verían beneficiados y avisados a donde antes ni podrían soñar en pisar. Trabucos los hay a cientos guardados en perreras y casas con tradición, luego...

En fin, que creo que no todo está definitivamente perdido, pues mi opinión es que bastaría con lo antedicho para evitar su extinción. ¿Acaso es lo mismo leer un libro o revista en el ordenador o tableta que impreso en papel? ¡Vamos, hombre! ●